



Jesús Jiménez, el de la bufanda, con sus amigos y primos del colegio Antonio Forniés cantan y golpean el suelo la víspera de Santa Águeda. :: BLANCA CÁTILLO

Gitanos en el buen camino

La asociación Gao Lacho Drom celebra 25 años de trabajo en favor de la integración

FRANCISCO GÓNGORA

VITORIA. «¿Qué es un carro-mato?», pregunta Jesús Jiménez, de 7 años, cuando la maestra le señala la rueda dibujada en la bandera azul cielo y verde tierra de los gitanos. «¿Pero no te lo ha contado tu abuelo?», insiste la enseñante. «¡Ah, sí -dice el niño-. Que antes no teníamos casas, sino árboles». La escena ha tenido lugar el día de Santa Águeda en el aula de refuerzo educativo que la asociación Gao Lacho Drom tiene en la calle Antonio Machado del barrio de Sansonendi de Vitoria. Los viejos referentes se diluyen en la mente de los pequeños gitanos, que si celebran, por ejemplo, la tradición de cantar con bastones a la santa mártir, como

cualquier escolar.

Ni Jesús ni su primo Ángel, de 9 años, enfrascado en aprenderse la tabla de multiplicar, saben nada de la vida errante, de las choperas, de dormir bajo las estrellas, de los campamentos de chabolas de los sesenta y del poblado de adaptación llamado «un pueblo en el buen camino» -es el significado de Gao Lacho Drom-, que se situó muy cerca del actual ambulatorio de Lakuabizkarrá en 1971. Tampoco lo ha conocido, salvo por las historias contadas una y otra vez «por los abuelos», Pascual Borja, de 28 años, adjunto al presidente de la asociación, Bartolomé Jiménez, del que recibirá pronto el relevo como líder del colectivo.

«Nosotros somos una nueva generación que no conocimos los arrabales ni esa mala vida que no tiene nada de romántica. Es de idiotas creer que a alguien le gusta vivir en medio de la cochambre, como muchos aún siguen pensando. Yo nací en los pisos de Antonio Machado -antes Blas López- tres meses después de que mis padres abandonaran el poblado. He podido estudiar y no vivir al margen», afirma el joven Pascual que maneja, además, los lenguajes de un patriarca, la cortesía, la diplomacia, la hospitalidad, el saber estar con todos. Y a todo eso se suma un gran conocimiento del pueblo. Con estadísticas y con la experiencia que da recibir a la gente y escuchar sus problemas.

Quienes sí recuerdan detalles inverosímiles de aquella etapa oscura son Bartolomé y Julia Chávarri, la religiosa del Divino Maestro que comenzó a trabajar con el grupo en 1968, animada por aquel espíritu postconciliar del Vaticano II que llevó a muchos cristianos a comprometerse con los más débiles.

Un pilón congelado

«El alcalde era Lejarreta y se consiguió algo pionero en España, unos habitáculos con baño y fregadera, cocina y una habitación de 36 metros que luego cada uno separó con ladrillos, según su necesidad. Era algo para empezar a salir de las chabolas. Los inviernos fueron durísimos. El pilón para lavar se congela-



EL DATO

3.500

son los gitanos que hay en Vitoria y Álava, una comunidad que sufre el paro y la crisis de una manera más virulenta que otros colectivos. Muchos de ellos viven completamente integrados y repartidos en los barrios de Vitoria aunque los mayores grupos se concentran en Sansomendi y el Casco Viejo.

ba», relata Julia, «el alma y el corazón de la asociación», que a sus 77 años sigue activa pero ya prepara su relevo.

Cuando Bartolomé Jiménez echa la vista atrás y ve el camino recorrido por su pueblo se enorgullece. «Se ha sufrido mucho. Se han superado conflictos, todavía hay discriminación, pero siempre hemos tratado de arreglar las cosas hablando. Hemos contribuido a construir Vitoria, a la paz social y, sin duda, hemos recibido mucho de los payos de buen corazón». La lista es larga, Cáritas, Cayo Luis Veja Murguía, Pedro Mari Núñez y su familia, todos los alcaldes menos uno «que era muy malo», Jesús Loza y todos los grupos políticos, PNV, PP, PSE, EA, IU, «todos sin excepción nos han ayudado», subraya el patriarca agradecido.

«Integración ejemplar»

«Creo que el proceso de integración ha ido ejemplar a nivel español. Ha habido luces y sombras, como la decisión de crear un colegio sólo para gitanos, pero eso se ha reconducido. Conseguir que vivan dispersos por la ciudad como todos los vitorianos y no crear guetos fue fundamental», piensa el ex alcalde José Ángel Cuerda, que recuerda que «nos encontramos con el realojc desde el poblado a las viviendas de Antonio Machado en los años 80.



47 familias cambiaron sus chabolas en 1971 por este poblado de aspecto industrial en medio de Lakua llamado Gao Lacho Drom. :: EL CORREO



Taller de cocina, una de las actividades de la asociación. :: BLANCA CASTILLO



Bartolomé Jiménez y el relevo, Pascual Borja. :: B.C.

Fue el Ministerio de la Vivienda. Todas las instituciones han colaborado», subraya.

Pero esta buena imagen que se traslada desde las instituciones y desde la propia asociación salta he-

«Esa vida del arrabal en la chabola no tiene nada de romántica, queremos trabajar y vivir como los demás»

cha pedazos con polémicas como las protagonizadas por los 'Bartolos' de la avenida de los Huetos que esta semana eran desalojados por impago de sus viviendas. «El 95% de los gitanos hace una vida normalizada sin crear conflictos. Ser diferente no es sinónimo de ser malo, aunque todavía nos cuesta romper el muro de los prejuicios y de los estereotipos. Por nuestra parte hicimos un esfuerzo en hacer la paz con ellos. Porque también tienen derechos», resalta Bartolomé Jiménez, de 65 años, la leyenda viva de este colectivo. Una actitud que le honra porque durante una discusión con el clan de los 'Bartolos' en su despacho, una bala estuvo a punto de costarle la vida.

La educación y el empleo, las claves del futuro

De los ocho programas que la asociación Gao Lacho Drom tiene en marcha para prevenir conductas, hay dos que preocupan mucho: el apoyo escolar al alumnado gitano y la orientación laboral para encontrar trabajo. Bartolomé Jiménez sabe que «el verdadero camino de la normalidad es que nuestros nietos estudien, que se formen».

Por eso el recorte del 50% -de 120.000 euros a 60.000 euros- en las ayudas a este programa por parte de la Consejería de Educación se sienten como «un ataque directo a nuestro pueblo», así con ese dramatismo.

Acceder es el programa para facilitar la búsqueda de empleo. El mercadillo es una tabla de salvación en medio de la tormenta de la crisis, durísima con el sector de la construcción que ha enviado al paro a muchísimos calés. «Tratamos de que vuelvan a estudiar. Pero ahí son las mujeres las que más se animan», dicen los orientadores.